

G.K. CHESTERTON

El poeta y los lunáticos



Gilbert Keith Chesterton (1874-1936), creador del inmortal detective Padre Brown, dedicó parte de su prolífica carrera literaria al relato policial, con narraciones en las que, según Borges, no se encontraba una sola página que no contuviera una felicidad.

El poeta y los lunáticos (1929), aunque se presenta como una novela, en realidad está concebida como una sucesión de episodios que se entrelazan, en los que un loco, el poeta y pintor Gabriel Gale, pone a prueba su increíble capacidad para captar la importancia de detalles que permanecen ocultos o apenas visibles a los ojos de los demás. Las técnicas deductivas que emplea el excéntrico Gale para resolver un crimen o anticiparse al delito sorprenderán al lector por la originalidad de sus planteamientos policiales, y también por el sentido del humor que pone en ellos la acerada pluma de Chesterton.

En algunos pasajes de *El poeta y los lunáticos*, Chesterton hace evidentes referencias y críticas mordaces, apenas disimuladas, a políticos e intelectuales de su tiempo, contraponiendo, en una más de sus queridas paradojas, la locura clarividente y genial de Gabriel Gale a la supuesta cordura de personajes públicos, que en muchas ocasiones se confunde con la estupidez.

I

LOS AMIGOS FANTÁSTICOS

La posada tenía por nombre *El Sol Naciente* aunque su apariencia hubiera justificado que se llamase *El Sol Poniente*. Estaba justo en medio de un jardín triangular no tan verde como gris, un jardín de setos arruinados por la invasión de los hierbajos de las riberas del río; tenía el jardín, además, unas glorietas de techos y bancos igualmente arruinados, y una fuente renegrida y seca, coronada por una ninfa de la que únicamente eran destacables sus manchas de humedad y los desconchones.

La posada en sí parecía más devorada que ornada por la hiedra y daba la impresión de que su antiguo almacén de ladrillos oscuros había sido corroído despaciosamente por las garras de los dragones que moraban en lo que en sí mismo era un gran parásito. Por su parte trasera, la posada daba a un camino estrecho y por lo general desierto, que a través de la colina conducía hasta un vado, hoy fuera de uso tras la reciente construcción de un puente, un buen trecho río abajo. Junto a la puerta de entrada había un banco y una mesa; sobre ésta, en un tablero, el nombre del hostel, con un sol que en tiempos fue de oro y ahora pardo, dibujado en el centro.

De pie, en el umbral, contemplando tristemente el camino, pues no miraba la belleza de la puesta del sol, se hallaba el posadero, un hombre de cabello negro y lacio, de rostro congestionado y purpúreo, no obstante lo cual mos-

traba los rasgos inequívocos de la melancolía. Pero había también una persona que demostraba cierta vitalidad: justo quien se iba en ese momento. El primer y único cliente en muchos meses. Una especie de solitaria golondrina que no había hecho verano y que ahora continuaba su peregrinar.

Era un médico de vacaciones; un hombre aún joven, menudo y bastante feo, pero de fealdad no del todo desagradable; un hombre de rostro demacrado mas con una sempiterna expresión de ironía, que tenía los cabellos rojos. La cualidad felina de sus movimientos contrastaba vivamente con la inerte ruindad, o con el evidente estancamiento, de la posada. Justo en ese preciso momento terminaba el joven médico de apretar las correas de su maleta sobre la mesa de la entrada, bajo el rótulo con el nombre del hostel. Ni el hostelero que lo miraba ahora apenas a un metro de distancia, ni la criada que iba de un lado a otro en el interior, en la penumbra del hostel, la única criada de la casa, se ofrecieron a echarle una mano, bien fuera por pereza o por falta de costumbre, bien fuese por despiste.

Dos secos restallidos rompieron pronto el silencio, del cual también sería difícil decir si era un silencio activo o un silencio aletargado. Primero fue la rotura abrupta de la correa de la maleta que el médico apretaba justo en ese instante. Después fue la violenta aunque jovial maldición que brotó de sus labios mientras contemplaba la correa rota.

—Vaya, esto era lo único que me faltaba —dijo casi de inmediato el joven médico, que tenía por apellido el de Garth—; no tendré otro remedio que hacer un nudo como sea... ¿Tendría usted una cuerda, un cordel... cualquier cosa?

El posadero de expresión melancólica dio una media vuelta muy despaciosa y entró en la casa sin decir palabra, para salir no mucho rato después con un trozo de cuerda lleno de polvo, que debió de ser parte, en otro tiempo, del ronzal quizás de un asno, quizás de una ternera.

—Es todo lo que he podido encontrar —dijo el posadero—. Hace tanto tiempo que no ato nada...

—Parece usted un poco deprimido, señor —observó el joven doctor Garth—; acaso le viniera bien un tónico... Mire, quizás se me haya roto esta correa del botiquín para proporcionárselo, veamos...

—Ácido prúsico, eso es lo que necesito yo —dijo el propietario del hostel *El Sol Naciente*.

—Nunca lo receto —respondió sonriente el médico—. Puede que el primer trago resulte grato, pero no estoy yo muy seguro de sus efectos secundarios... Sí, caballero; lo veo a usted muy preocupado... Ni siquiera ha mudado el semblante por otro más alegre cuando le he pagado la cuenta sin rechistar.

—Se lo agradezco mucho, caballero —gruñó el posadero—, pero comprenda que necesitaría que me pagaran muchas cuentas más como la suya, para conseguir que este viejo barracón no se caiga cualquier día, de una vez por todas. Hace tiempo fue un buen negocio, cuando este camino era de paso obligado para todo el mundo, el camino más recto, cuando todos habían de pasar forzosamente por el vado... Pero, ya sabe... Primero, el último propietario de tierras que hubo por aquí cerró el camino... Y poco después, aprovechándose de eso, construyeron el puente una milla más abajo. Ya nadie cruza por aquí... Y no sé, la verdad, qué se le ha podido perder a usted por estos pagos, dicho sea con el mayor de los respetos, señor...

—He oído decir que el nuevo propietario está en la más completa ruina —observó el doctor Garth—. Ya ve usted cómo es la vida, siempre se toma la conveniente venganza... Es un tal Westermaine, ¿no? He oído decir, igualmente, que vive con una hermana allá arriba, en la gran casa que tuvo el último gran terrateniente al que aludió usted, pero que lo hacen ambos en la más absoluta miseria... Al parecer todo por aquí es miserable... Esta región es una auténtica ruina, sí, eso he oído decir... No obstante, no

creo que sea justo sostener lo que usted sostiene, eso de que nadie se deja caer por aquí —añadió acrecentando su sonrisa—, porque veo ahora mismo que dos hombres vienen colina abajo, en esta dirección.

El camino se adentraba en el valle, en dirección al río, trazando ángulos perfectamente rectos; del otro lado del vado se veía el atajo que tan transitado estuvo en otro tiempo, y que ahora se difuminaba a medida que subía la loma en cuya cima destacaba la ruinosa portalada de piedra de Westermaine Abbey, sombría bajo nubes de una palidez tétrica que presagiaban tormenta. Del otro lado del valle, sin embargo, el cielo estaba despejado y aquellas primeras horas de la tarde parecían, por su luz espléndida, las primeras de la mañana. Precisamente por este lado, por donde la blanca cinta del camino serpenteaba en dirección a la colina, bajaban dos figuras que, aun siendo por el momento nada más que dos puntos negros y lejanos, mostraban su condición inequívocamente humana.

En tanto se iban aproximando a la posada aumentaba el contraste, acentuado por aquella especie de mística familiaridad que nimbaba a las figuras, pues iban del brazo. Una era pequeña y gruesa; la otra, muy alta y delgada.

Se trataba de dos hombres rubios pero con diferente peinado. El más bajo llevaba el cabello muy liso y partido por la raya al medio; el alto lo llevaba largo y ensortijado, revuelto, con unos bucles enormes que le daban un aspecto decididamente fantástico. El bajito tenía el rostro cuadrado y la nariz muy larga y puntiaguda; sus ojos pequeños y muy brillantes, como los de un pájaro, aumentaban esa sensación primera de que su nariz no era tal, sino un pico de ave. La verdad es que parecía un gorrión, aunque de ciudad, no de campo. Vestía vulgarmente, pero iba limpio como un funcionario y llevaba bajo el brazo un portafolios como los de los hombres de negocios de la City. Su compañero, el alto, cargaba a la espalda una mochila, en la que iban sus cosas de pintor. Poseía este tipo una cara larga y

cadavérica; su mirada era ausente, si no soñadora, pero la barbilla avanzaba tanto y tan pugnaz hacia el frente, que parecía el hombre haber adoptado una decisión firme de la que sus ojos aún no habían tenido noticia. Eran dos hombres jóvenes y no se tocaban con cualquier prenda de cabeza, a buen seguro que por causa del calor que hacía; uno de ellos llevaba un sombrero de paja en la mano y el otro uno de fieltro atado a la mochila.

Llegaron finalmente ante la puerta de entrada a la posada y el bajito dijo con voz alegre a su compañero:

—Bien, aquí tienes por fin algo en lo que emplearte.

Pidieron con mucha corrección dos jarras de cerveza al posadero, y en cuanto el melancólico personaje desapareció para ir en busca de lo que le habían solicitado, el más bajo de aquellos dos hombres se dirigió al doctor Garth con la misma cordialidad, no exenta de locuacidad.

—Mi amigo —dijo— es pintor, pero un pintor muy especial, no crea usted que se trata de un pintor cualquiera, no... Podría usted llamarlo, si quisiera, pintor de casas y hasta de paredes, pero no entendiendo por tal lo que el vulgo considera un pintor de brocha gorda. Aunque pueda sorprenderle, mi amigo forma parte de la Academia, si bien tampoco sea, ciertamente, el tipo de pintor que puede sugerir la pertenencia a dicha institución... Es en realidad uno de los primeros entre los más principales genios pictóricos, por lo que expone con frecuencia en las galerías de esos chiflados... No obstante, caballero, su aspiración máxima, que supone la gloria de sus días presentes, no es otra que la de ir restaurando por aquí y por allá los vetustos rótulos de los no menos vetustos y diferentes establecimientos que encuentra a su paso... Ya ve usted que no es frecuente toparse con un genio tal... Bueno, ¿cómo se llama esta posada? ¿O es una taberna? A ver... —y se acercó de puntillas, alzando la cabeza hacia el rótulo, con gran interés—. *El Sol Naciente* —dijo volviéndose hacia su amigo, que permanecía en silencio—. Bien, amigo mío; después de lo que ma-

nifestabas esta misma mañana, a propósito de tu pretensión de dar vida a las viejas hosterías de Inglaterra, esto parece el mejor de los augurios, ¿o no? Mi amigo —prosiguió volviéndose de nuevo hacia el doctor Garth— es un hombre de gran sensibilidad poética y dice siempre que quiere que el sol bañe con sus rayos toda Inglaterra.

—Claro, hay quien sostiene que el sol jamás se pone sobre el Imperio Británico —acotó el joven médico con una sonrisa burlona.

—A mí me importa un bledo el Imperio —intervino entonces el pintor como si se limitase a pensar en voz alta—. La verdad es que, en el fondo, resulta difícil imaginarse una hostería tradicional inglesa en la cumbre del Everest o en las márgenes del Canal de Suez... Pero estoy dispuesto a ofrendar mi vida, si fuera preciso, con tal de insuflar nueva vida a las mortecinas hosterías inglesas y cristianas de nuestra campiña. Sí, me gustaría dedicarme sólo a esto en lo que me reste de vida.

—Claro que sí —dijo el bajito, dirigiéndose de nuevo al joven doctor Garth—, puede dedicarse sólo a esto perfectamente, pues una de sus pinturas en el rótulo de cualquier fachada le da fama en muchas millas a la redonda.

—¿De verdad que emplea usted sus talentos en restaurar los rótulos de los establecimientos públicos? —preguntó el médico al pintor.

—¿Puede haber algo más hermoso? ¿Algún otro tema mejor de inspiración? —preguntó a su vez el pintor, con gran entusiasmo, feliz de que alguien sacara a la palestra lo que suponía su tema favorito de conversación, el que desataba en aquel hombre la locuacidad más extraordinaria y lo alejaba rápidamente de su abstracción silenciosa—. ¿Es acaso más digno hacer el retrato académico de algún noble pagado de sí mismo, con su grueso collar de oro al cuello, o el de la rechoncha esposa de un millonario, tocada con su diadema de brillante, que las cabezas nobilísimas de los grandes almirantes ingleses, para después brindar por ellas

alzando una jarra de cerveza? ¿Es mejor pintar a cualquier viejo imbécil y presuntuoso con su cruz de San Jorge al pecho, que pintar al propio San Jorge matando al dragón? Caballero, tengo el honor de haber pintado seis viejos emblemas de San Jorge y el dragón, e incluso al dragón solo más de una vez, por ejemplo en el rótulo de una vieja taberna que se llama *El Dragón Verde*, nombre hartamente sugestivo para quien, como yo, posea un poco de... imaginación... Ahí puede uno convertir al dragón en una especie de espíritu terrorífico de las selvas tropicales. También me inspira mucho el nombre *El Jabalí Azul*... A un rótulo así le pondría algún motivo de aventura, con algunas estrellas. *La Osa Mayor* también me inspira, sí, es un buen nombre... Le pintaría un jabalí monstruoso para sugerir el caos y la noche eterna de la mitología céltica.

Y sin decir más tomó entre sus manos la jarra de cerveza que le ofrecía el posadero y puso manos a la obra de bebérsela, completamente ajeno al resto.

—Es tan poeta como pintor, ¿lo ve? —siguió diciendo entonces el bajito al médico, sin quitar la vista del pintor, como si fuese su propietario, como si exhibiera a una fiera feroz—. Seguro que ha oído hablar usted alguna vez de los poemas de Gabriel Gale ilustrados por él mismo, ¿a que sí? Si lo desea, le consigo un ejemplar. Yo soy su agente, su hombre de confianza... Me llamo Hurrel, James Hurrel... La gente se ríe de nosotros y nos llama los Gemelos Celestiales porque somos inseparables. Nunca lo pierdo de vista. No tengo más remedio que vigilarlo estrechamente... Ya sabe usted, esas excentricidades que a veces hacen los genios...

El poeta sacó literalmente la cara de la jarra de cerveza, pero mostraba ahora una expresión de disconformidad, de aprestarse a una controversia en nada exenta de belicismo.

—¡Un genio no tiene por qué ser necesariamente un excéntrico! —clamó exaltado—. Un genio ha de ser por fuerza *céntrico*... Por eso yo me sitúo en el corazón del cos-

mos, no en sus giratorias márgenes. La gente cree de común que para un genio supone el mayor de los elogios acusarlo de salirse de los cauces vulgares y habla entonces de la excentricidad de los genios... ¿Qué se pensaría de mí si dijera que sólo deseo que Dios me haya concedido de verdad la *centricidad* propia del genio verdadero?

—Me temo que en ese caso pensaría la gente que fue precisamente su certidumbre lo que confundió sus polisílabos —aventuró el doctor Garth—. Bien, puede que su idea de insuflar nueva vida a las viejas hosterías inglesas sea puro romanticismo, o romanticismo puro... En fin, eso del romanticismo no es algo de lo que pueda yo presumir que soy una autoridad...

Mr. Hurrel, el agente del poeta, intervino entonces con bastante ardor:

—No es sólo una idea romántica, caballero, es una idea también práctica, incluso utilitarista. Yo soy un hombre de negocios y créame, por ello, si le digo que lo que hace mi representado es una propuesta claramente comercial, y no sólo para nuestros intereses, también lo es para los intereses comerciales de los dueños de las posadas, de los terratenientes... ¡Para todo el mundo en general! Contemple usted esta pobre posada que se cae sin remisión. Si todos los interesados hiciéramos con ella lo que es debido, dentro de un año bulliría de gente como una feliz colmena... Y si el propietario de estas tierras reabriera el antiguo camino y permitiese a las gentes de la región cursar visita a las ruinas, construyendo además un puente próximo a esta posada, y colgando en el puente un rótulo pintado por Gabriel Gale, acudirían también a visitar estos parajes hoy deprimidos todos los viajeros cultos de Europa. No dude que harían un alto en esta posada para disfrutar del almuerzo.

—¡Vaya! Pues mire usted, parece que ya viene alguien a almorzar —dijo el doctor—. Quizás tenga razón; quizás el pesimista propietario de esta posada hablaba como si su negocio no fuese más que una ruina en mitad del desierto,

cuando la verdad es que tiene una clientela digna del Savoy.

Habían estado de espaldas a la carretera mientras hablaban, sin dejar de mirar la fachada cochambrosa de la posada; no obstante, incluso antes de que el doctor Garth hubiera dicho una palabra, el pintor y poeta Gabriel Gale ya se había percatado de que aumentaba la concurrencia. Quizás ocurrió tal fenómeno porque la sombra alargada de un caballo y dos personas se había detenido poco antes sobre la carretera soleada. El caso es que Gabriel Gale volvió la cabeza y se quedó contemplando aquel prodigio.

Un cabriolé de ruedas grandes había llegado, en efecto, del otro lado de la carretera. Las enguantadas manos de una dama sujetaban las riendas; era una mujer morena y joven que vestía un traje de buen corte, azul oscuro, muy sobrio aunque no muy nuevo; iba junto a ella un hombre acaso diez años mayor que ella, aunque aparentaba más edad pues tenía el rostro desencajado, una expresión fatigada, el aire propio de un enfermo, esa ansiedad que se veía en sus ojos, grises y grandes.

Se hizo un silencio y la voz de la mujer pareció el eco de lo que había proclamado un momento antes el doctor Garth.

—Creo que podremos almorzar aquí —dijo saltando ágilmente del coche para detenerse junto a la cabeza del caballo, mientras su acompañante se bajaba también, aunque no con agilidad semejante.

Aquel hombre vestía traje claro de mezclilla, un traje informal y juvenil que en nada casaba con su aspecto enfermizo y agotado. Se dirigió a Hurrel sonriendo nerviosamente:

—Confío en que no me tome por un hombre que tiene la fea costumbre de escuchar tras las puertas conversaciones ajenas, caballero; sucede que no hablaban ustedes precisamente como si se confiaran algún secreto...

Hurrel, en eso tenía toda la razón aquel caballero, se expresaba como un charlatán de feria que pretende imponer su voz sobre el tumulto. Dijo amablemente, con una sonrisa cortés:

—Sólo expresaba mi convencimiento de que cualquiera es capaz de hacer lo que sabe que debe hacerse con unas tierras como estas en la que nos hallamos, señor... De cualquier forma, me trae sin cuidado que alguien haya escuchado lo que decía.

—Pues fíjese usted, me interesa —dijo el hombre del traje de mezclilla—. Se da la circunstancia de que me interesa lo que usted decía, porque soy el propietario, si es que aún pueden quedar propietarios en estos tiempos.

—Le pido disculpas pública y muy sinceramente, señor —respondió el representante del poeta sin dejar de sonreír—; si tiene usted la intención de ser una especie de Harun al Raschid^[1]...

—¡Oh, no, no me siento ofendido, caballero! Si quiere saber lo que pienso de verdad, le diré que no hago más que preguntarme si no tendrá usted razón.

Gabriel Gale había estado mirando mientras tanto a la joven dama que acompañaba a aquel hombre; lo había hecho con una insistencia más allá de lo que se considera cortés y elegante, pero todos sabemos bien que los pintores son gente por lo general distraída, por decirlo así, por lo que había que disculparle. Su amigo, guardián y representante, hubiera hecho que se enfureciese como nunca, de haber tomado aquello como una más de las excentricidades propias del genio, pero la verdad es que opinaba que era muy discutible considerar una excentricidad esa insistencia de su representado en mirar a la joven.

Lady Diana Westermaine hubiera podido brillar espléndidamente en una hostería tradicional inglesa, ante una barrica llena del mejor vino, e incluso en una academia de pintores; su infortunada familia, no obstante, llevaba ya mucho tiempo sin brillar en nada. Ella, empero, tenía el cabe-

llo castaño, de un castaño raro, poco visto, que lanzaba destello negro al tiempo que bajo la luz diurna parecía rojo; sus cejas negras delataban un temperamento doble, por así decirlo: lo mismo sugerían buen como mal carácter; sus ojos eran más grises y aún más grandes que los de su hermano, pero no tenían la melancolía del hombre, su cansancio que puede calificarse como espiritual.

Gabriel Gale, al verla, experimentó la sensación de que su alma estaba más hambrienta y sedienta que su cuerpo. Y se le ocurrió pensar, de paso, que en realidad la gente sólo tiene apetito cuando está en posesión de una buena salud. Ideas tales, en agitada mezcla, cruzaron por su cerebro durante los breves instantes que transcurrieron antes de volver a la realidad y dirigirse al grupo, dándose media vuelta.

Ocurrió, sin embargo, que una vez hubo dejado de mirarla Gale, fue ella quien comenzó a mirarlo, aunque, la verdad sea dicha, con una mirada de fría curiosidad, una mirada analítica.

Mientras, Mr. James Hurrell hacía auténticos milagros. Más terco que una mula y elocuente como un diplomático nato, envolvía ya al propietario de aquellas tierras en una especie de red urdida de sugerencias, proyectos y propuestas directas. La verdad es que tenía algo de lo que es propio en ese hombre de negocios del que tanto hablamos y al que tan poco vemos... Hablaba, en fin, de cosas que a un caballero como Westermaine no hubieran llamado la atención en ningún caso, salvo de haberle sido sugeridas por unos abogados en largas cartas; asuntos que hubiera podido comenzar a considerar tras una larga insistencia de esos abogados en enviarle cartas y más cartas durante meses. Hurrell parecía tener respuesta para todo. Solucionaba los problemas en unos minutos. Ya parecía tenderse un puente de madera artísticamente labrada sobre el río, para prolongar la carretera; ya parecían formar parte del paisaje pequeños y hermosos pueblos nuevos, también artísticos, claro, desparramados como coloridos brochazos por el va-

lle; un nuevo rótulo de *El Sol Naciente*, pintado por Gale, lo presidía todo brillando, como corresponde a una nueva era bañada por el sol renacido.

Antes de que cualquiera de los que allí estaban se percatase de lo que acontecía, el grupo entero había entrado en el jardín de la posada para sentarse en absoluta confraternización alrededor de una mesa apartada de la casa y celebrar el ansiado almuerzo. Eran como los miembros de un comité cualquiera en reunión. Hurrel, sobre la mesa de madera, dibujaba planos y más planos haciendo cálculos en papeles, alineando columnas y columnas de cifras, contestando a la vez todas y cada una de las objeciones que se le hacían, cada vez más agitado, más nervioso y entusiasta. Para convencer a los demás de que creía de veras lo que decía, se valía de un instrumento sin duda precioso, su capacidad de persuasión y su locuacidad. El terrateniente, que jamás se había topado con un hombre así, estaba inerte. Aunque la verdad es que tampoco albergaba la menor intención de oponerse y presentar batalla.

En mitad de todo aquello, lady Diana seguía mirando a Gale, quien, sentado en el extremo opuesto de la mesa, ahora parecía absorto en sus ensoñaciones.

—¿Qué opina usted de todo esto, Mr. Gale? —le preguntó entonces la dama.

Contestó, sin embargo, el representante de Mr. Gale, atento a cuanto se movía o se decía allí. La verdad es que solía contestar en nombre de quien fuera y a todo lo que fuese.

—Es inútil hablar de negocios con mi representado —dijo con voz estentórea—. Es uno más de la partida y hace lo que sabe, que no es sino aportar a los negocios el imprescindible elemento artístico. Es un gran pintor, por lo que únicamente queremos y esperamos de él que se limite a pintar, y que Dios me perdone, aunque no importará a mi representado que diga lo que digo. Por lo demás, tampoco le importa mucho lo que digo, o lo que pueda decir quien

sea... Suele responder a una pregunta alrededor de media hora después de que le haya sido formulada...

Pero el pintor respondió a la joven mucho antes, aunque sólo para decir lo siguiente:

—Creo que tendríamos que contar con la opinión del dueño de la posada.

—¡Naturalmente que sí! —exclamó Hurrel poniéndose en pie de un salto—. Eso es lo que voy a hacer ahora mismo, con el permiso de ustedes... Estaré de vuelta en un minuto.

Y se perdió en dirección al lúgubre interior de la posada.

—Este caballero es realmente un hombre inquieto —dijo el terrateniente entonces, sonriendo complacido—. Así es el tipo de gente emprendedora de verdad, esa gente que lleva a cabo lo que se propone... Hablo de asuntos prácticos, por supuesto.

La joven seguía observando al pintor, que estaba ahora con el ceño levemente fruncido. Parecía apiadarse lady Diana de aquella especie de eclipse en que se había sumido de nuevo, pero él la miró, sonrió y dijo:

—Sí, la verdad es que no valgo para nada práctico.

Justo cuando concluía estas palabras se dejó sentir un grito de espanto procedente de la posada. El doctor Garth fue el primero en levantarse. También lo hizo Gale poco después, terriblemente agitado y pálido. Todos seguían ya al doctor, pero Gale, deteniéndose, obstruyendo el paso con su alta figura, dijo:

—Que no se acerque milady.

El terrateniente lograba ver ya, poniéndose de puntillas y por encima de los hombros del pintor, una imagen horrible: la negra silueta de un hombre colgado del rótulo de *El Sol Naciente*.

Fue una visión instantánea, porque raudo cortó la cuerda el doctor Garth, ayudado por Hurrel, el que había lanzado aquel primer grito de espanto. El médico se inclinaba